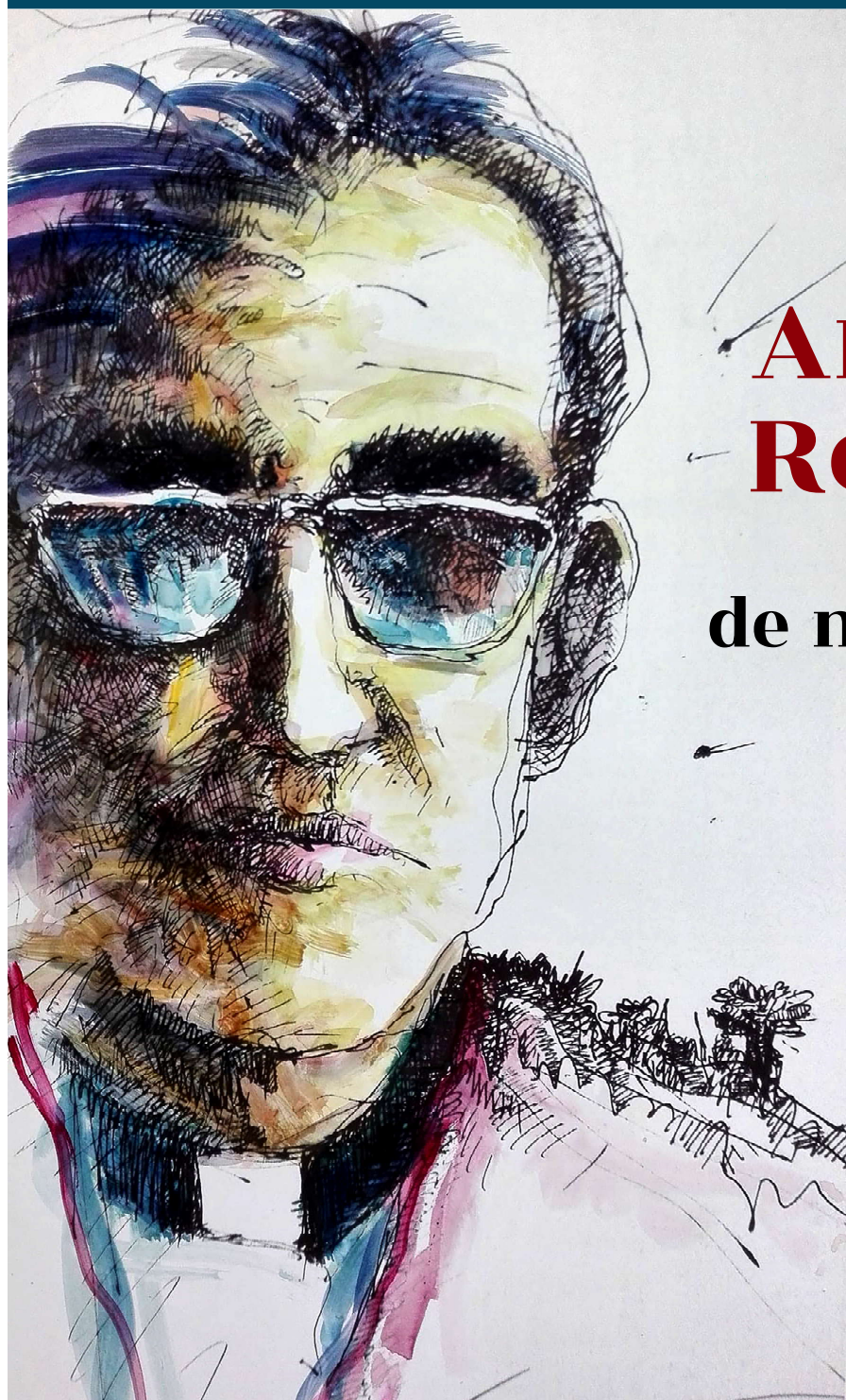


Número 1580 • Sábado 15 de agosto de 2026

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala



San Óscar Arnulfo Romero

109 años
de nacimiento

Arte: Augusto Crespín

Con Monseñor Romero,
Dios pasó por El Salvador.
Ignacio Ellacuría

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL
Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES
Argentina **Marta Miranda**
Colombia **Omar Ortiz**
Cuba **Verónica Alemán**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocío Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS
Francisco Alejandro Méndez †

Carlos Cañas Dinarte
Rafael Paz Narváez
Javier Fuentes Vargas
Gaetano Longo
Álvaro Mata Guillé
Matheus Kar
Alberto Pocasangre
Vladimir Amaya

COLABORADORES GRÁFICOS
Gonzalo Fraguí
Luis Galdámez
Ulises Palacios
Augusto Crespín
Isaías Mata
Eduardo Rodríguez

PALABRAS

Vigencia y urgencia de Monseñor Romero

No es posible definir la presencia, la vitalidad, la influencia que la palabra, la obra y la fe de Monseñor Romero recorren el corpus espiritual del planeta. Y esto porque su ejemplo no solo atraviesa al mundo cristiano, sino a todo ser humano que más allá de su respeto y pasión por el evangelio de acompañamiento a los pobres que prodigó, ve en su ejemplo al auténtico seguidor de Cristo que desdeña todo lo material para predicar siempre hacia adelante, fundando camino, sin jamás retroceder en su misión y dejándose rodear de los enfermos, los abandonados, las víctimas innumerables y desechables de los imperios.

Se han cumplido 46 años del magnicidio y desde los pasillos del Vaticano hasta la jungla amazónica vibra su energía redentora. En El Salvador su imagen se impone silenciosamente en murales, monumentos, estampitas, libros, camisetas, afiches, llaveros, corazones. Y tres sobrinos de su proclamado asesino intelectual dedican su vida a la Verdad desde la palabra periodística de investigación. Paradojas del subsuelo.

El Salvador y todo el continente americano ahora mismo atraviesan otra etapa de oscuridad letal. El brutal imperio estadounidense, al visualizar la inminente caída de su burda supremacía, decidió blindar su patio trasero interviniendo en la conformación de los nuevos gobiernos de corte fascista que se han sumado a su proyecto *Escudo de las Américas* que, con los absurdos pretextos de luchar contra el narcotráfico y controlar la inmigración, buscan consolidar una estrategia de sobrevivencia geopolítica liderada por una caterva de psicópatas corruptos y delirantes empeñados en proteger los intereses del sionismo internacional a costa de la vida y los derechos de los más de mil millones de habitantes del continente.

Es en este momento crucial que Monseñor Romero debe alzarse como lectura necesaria para los que trabajan por la paz de la humanidad. El conocimiento de su palabra y la fidelidad al evangelio que lo convirtieron en *La voz de los sin voz*, deben multiplicarse, al igual que su valentía y su lealtad a la misión de Dios en la tierra. El padre Ignacio Ellacuría expresaría frente a su cadáver en aquel horroroso año de 1980: Con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador. A esta altura de la historia, esa frase de quien terminaría convirtiéndose también en mártir del pueblo salvadoreño, debe modificarse de este modo:

Con Monseñor Romero, Dios sigue caminando sobre La Tierra.

Nuestro correo:

administracion@revistaculturaltresmil.org

3-4 La Bandera de Chile sigue siendo extranjera • **MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ**

4 La Bandera de Chile • **ELVIRA HERNÁNDEZ**

5-6 En busca del tiempo perdido • **STEVE BROCK**

7 Una ventana para después de la verdad • **RAFAEL PAZ NARVÁEZ**

8-9 Un buen hombre: La narrativa de Juan Villar • **GENOVEVA DEL ORBE**

9 Jorge y Alicia • **JUAN VILLAR**

La bandera de Chile sigue siendo extranjera: La poesía de Elvira Hernández

Escribe: María Ángeles Pérez López

Tal vez toda bandera pueda hablar de sí misma en un momento concreto, pero *La bandera de Chile*, título de un libro fundamental de la poeta Elvira Hernández (Lebu, 1951) sigue diciendo y diciéndose, y lo hace en diversas lenguas. Acaba de aparecer en Edinburgh University Press el volumen *Beyond «The Chilean Flag»: Readings into the Poetry of Elvira Hernández*, en edición de Jèssica Pujol y Macarena Urzúa. Y en 2025 aparecía la primera compilación crítica sobre su obra, *La bandera de Chile es extranjera en su propio país. Estudios sobre la poesía civil/insurrecta de Elvira Hernández*, publicada por Reichenberger al cuidado de Luis Correa-Díaz, con Biviana Hernández Ojeda y yo misma como editoras invitadas.

En *La bandera de Chile*, Elvira Hernández –seudónimo de Rosa María Teresa Adriasola– concibió el emblema patrio como mordaza y mortaja, pero también como quien sufre hambre y enfermedades, es delatado y debe declarar. Desplegaba sus fracturas y golpes a la vez que podía asfixiarlo todo, por ser al mismo tiempo víctima y victimaria. Tomar la bandera –acto que en el pasado significó someter al ejército enemigo– implica también en su libro tomar sexualmente a la Mujer-Patria, forzarla a entregarse.

¿Era (es) la bandera una página en blanco sobre la que puede imprimirse cualquier significado? Su color

blanco incluía marcas cromáticas solo en términos de desigualdad y fricción, construyendo así una atormentada condición textual: “En otros tiempos / representa la Bandera de Chile / un 15% allí donde brilla la estrella para el 10% / representa / de blancos un 20% de muy pálidos / representa la Bandera de Chile en rojos la Bandera / de Chile // nunca el 100% nunca / el 100% del blanrozul compacto / hoy”. ¿Y ese color, el blanrozul? ¿Es que acaso lo hemos visto alguna vez?

Numerosos poemas insistían en la condición visual: la tela se encuentra en lo alto del mástil (y de la página), recordando su forma rectangular y su ondulación. Aunque no se trate de poemas visuales en sentido estricto, la autora exploraba las posibilidades de la imagen, de modo que la página es un paño blanco que flamea sobre lo alto, en su doble movimiento cada día, el de izar y arriar. Bandera que ondeaba en el Estadio Nacional y es exhibicionista por naturaleza, espacio degradado, barriga ulcerada o teta vieja. Sobre ella están inscritas la desigualdad y la represión.

La poeta estuvo en un centro de detención y torturas durante la dictadura de Augusto Pinochet: en 1979 la detuvieron agentes de la CNI y permaneció varios días en el cuartel Borgoño. Poco después comenzaba a escribir *La Bandera de Chile*. Es en el verano



La poeta y académica María Ángeles Pérez López junto a Elvira Hernández durante el Festival «Tegus sí canta», en la UNAH de Tegucigalpa, Honduras, 2025.

de 1981 cuando propone una lapidaria revisión del símbolo patrio desde el espacio de la poesía, en un libro que circuló en copias clandestinas hasta su publicación en 1991 en Buenos Aires por Tierra Firme. Años después será editado en Chile. Desde entonces se suceden las reediciones y traducciones.

Además de este libro capital, la autora ha publicado libros tan relevantes como *Álbum de Valparaíso* (2002), *Cuaderno de deportes* (2010), *Actas urbe* (2013), *Pájaros desde mi ventana* (2018)... En ellos ha hecho audibles diversos quiebres, tanto los causados por la violencia institucionalizada de la dictadura militar (1973-1990), como aquellos que corresponden al impacto del proyecto neoliberal sobre cuerpos y hablas marginales, dentro y fuera de Chile. Atenta a formas comunes y anónimas en las que se subsume, su obra abre hendiduras y muescas en la poesía en español.

Así, en un poema de *Sendoarauca y otras banderas* (2017), percibía cómo los cuerpos violentados no tienen nombres pero sí orificios; y en *Estado de sitio* (2020) compiló varios títulos que dan cuenta de las (dis)continuidades del proceso social y político más lejano y más reciente: *Santiago Waria*, *Santiago rabia* y *Ciudad cero*, que van desde la fundación española de la capital (*waria* significa ciudad en mapuzungún, la lengua mapuche) hasta el estallido social de 2019. Esta trayectoria revela una continuidad histórica, social y política que el lenguaje poético tensiona y reconfigura desde lo colectivo con un marcado carácter crítico. En su ensayo *Sobre la incomodidad. Apuntes de poesía chilena* (2019), se hacía eco de una reflexión central de su gran compatriota: “De manera que un comentario como el de Gabriela Mistral, en torno a mirar al indígena dentro de nosotros mismos y no fuera, está más cerca del olvido que de la reflexión. Insistir ahora en dicho predicamento es, primero, intentar abrir los ojos para mirar un pueblo que tiene una visión de mundo, de la vida, no centrada en la economía ni en la acumulación de riquezas, como tampoco en el crecimiento sin medida, ni menos en la aniquilación de la tierra a la que consideran una portentosa madre; y, segundo, agradecer a quien haya que agradecer por sobrevivir a tanta pacificación”. “Menos cóndor y más huemul”, escribió Mistral; “más pájaros y menos monumentos”, decimos leyendo a Elvira Hernández.

En paralelo a su obra poética, ha desarrollado una valiosa labor crítica. Junto a la poeta Soledad Fariña publicó *Merodeos en torno a la obra poética de Juan Luis Martínez* (2001), una recopilación de artículos críticos y ensayos sobre la obra del autor de *La nueva novela* (1977) y *La poesía chilena* (1978), dos piezas fundamentales de la neovanguardia en su país.

Elvira Hernández, quien se había convertido en un referente poético en los espacios restringidos en que circularon sus primeras obras, comienza a recibir a partir de 2018 numerosos reconocimientos nacionales e internacionales: ese año gana el Premio Nacional de Poesía Jorge Teillier y el Premio Iberoamericano de

poesía Pablo Neruda. En 2024 fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura de Chile, siendo la primera poeta en lograrlo desde Gabriela Mistral (quien lo obtuvo en 1951, tras el Nobel). Al obtener la más importante distinción de su país, ha declarado pertenecer “a una generación que se forjó en la época de la dictadura y en ese período la poesía se fortaleció. Fuimos una palabra coral que creo que habría que examinar porque es parte de la historia”.

Como parte de la generación del 80, su obra ha sido capaz de articular poéticamente la resistencia y la impugnación en términos políticos, genéricos o étnicos con una notable apertura a los retos de nuestro presente (y futuro, si es que llega a haberlo). Mientras le preguntamos a las banderas qué pueden decirnos de sí mismas, la de Chile permanece escrita en los versos fundamentales de Elvira Hernández.

La Bandera de Chile Elvira Hernández

La Bandera de Chile es exhibicionista por naturaleza

*

A la Bandera de Chile la tiran por la ventana
la ponen para lágrimas en televisión
clavada en la parte más alta de un Empire Chilean
en el mástil centro del Estadio Nacional
pasa un orfeón pasa un escalón
dos tres cuatro

La Bandera de Chile sale a la cancha
en una cancha de fútbol se levanta la Bandera de Chile
la rodea un cordón policial como a un estadio olímpico
(todo es estrictamente deportivo)

La Bandera de Chile vuela por los aires
echada a su suerte

*

Nadie ve a la Bandera de Chile pasar las noches
a la intemperie

la noche es oscura
ni que largo invierno es 22 de junio
—el sol que ha hecho poesía del solsticio—
que sus hijos piden solo la parte pobre de toda
la infancia
la Bandera de Chile no tiene papel para pedidos
ni un pliego
ni nada



Steve Brock

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Traducción al español: Juan Garrido

STEVE BROCK

(Australia, 1971). Poeta. Autor de los poemarios *Out of Season: New Poems* (Wakefield Press 2026, en vías de publicación), *Live at Mr Jake's* (Wakefield Press, 2020) y *Double Glaze* (Five Islands Press, 2013).

Textos suyos han sido publicados en revistas de Australia y el extranjero, entre ellas *Antipodes*, *Australian Book Review*, *Island*, *Meanjin*, *Poetry NZ*, *Shearsman Magazine*, *Quadrant* y *Westerly*, y traducidos para revistas de España y China.

Cotraductor del español al inglés de las antologías *Desarraigo: 18 Poetas Transfronterizos* (Nautilus Ediciones, 2021) y *Poetry of the Earth: Mapuche Trilingual Anthology* (Interactive Press, 2014).

En busca del tiempo perdido

Para María Guadalupe Allasia 1943–2016

Paseo por las rotas veredas embaldosadas
de esta pequeña ciudad, y me pierdo
en las tardes eternas
echo hielo en mi vino como los lugareños
para escapar del calor tiránico.

Vuelvo sobre los pasos de esa juventud perdida
saludo a viejos amigos con aire proustiano
que preguntan si la ciudad ha cambiado
en estos últimos treinta años.

Solo busco lo perenne
el omnipresente termo de yerba mate
bajo el brazo
las densas manzanas de la ciudad
construidas hasta la acera
de calles estrechas
donde hay que elegir
entre caminar a la sombra o al sol.

La calle Corrientes y San Martín
la Plaza 9 de Mayo
trazando cuadrícula

de otra ciudad colonial
donde los hombres a caballo en cada parque
te resultan vagamente familiares.

Igual que los extraños en la calle
a los que casi reconoces
traicionados por un paso o un gesto
la postura encorvada o el peso de un cuerpo
rostros imposibles entre tanta multitud
que el tiempo y la distancia convierten en absurdos.

Mendigos que se acercan en la calle
o en la cafetería vendiendo calcetines o pañuelos
o una historia que no puedes rechazar

aquel niño con rostro de hombre
le doy un par de miles de pesos
como si cerrara un trato comercial.

Hombres y mujeres que trabajan
en concesionarios imaginarios
haciendo alarde de guiarte hacia dentro o hacia fuera
levantando y bajando los limpia-parabrisas
como barreras improvisadas
a cambio de un puñado de billetes.
Hombres que hacen malabares en los semáforos
o colocan carteles de cartón en los parabrisas

o se ganan la vida a duras penas
con un violín desafinado

Otros en los bordes de las casas de cambio
que graznan con voces graves:
cambio cambio cambio
mientras una madre mendiga sobre las escaleras
del *Banco de la Nación Argentina*

En la calle un hombre
raspa un sartén
mientras se prepara para tostar
cacahuets rojos confitados.

Un gaucho viejo en bicicleta
vende bocadillos de jamón y queso
a la multitud en la feria.

La cerveza Santa Fesina
pedida por el liso, pinta
o un chop, la rubia, la roja
o la negra, servida con una pequeña cesta
o palomitas de maíz o *cacahuets* con cáscara
para mantener ocupado al bebedor solitario.

Cada saludo y despedida
sellado con un abrazo
y un beso en la mejilla

Esta eterna discusión entre el porteño
y los provincianos
hay que recurrir a Sarmiento
para entenderla

El olor tranquilo de las librerías
que huelen como las librerías de cualquier lugar

el número irrefutable del viejo apartamento
Calle Corrientes 2677
que adorna las cartas y postales
de otro tiempo
el ruido metálico de la puerta
en el ascensor íntimo
que me lleva al 5G
donde los gritos y alaridos
de calles y el zumbido interminable del tráfico
llegan a la ventana de mi apartamento
mientras sucumbo a la siesta

y ese libro
en mi mesita nocturna
Obras completas de Borges 1975-1985
primera edición de 1989.
que la compré a María en sus 46 cumpleaños
cuando yo tenía solo 17 años
con mi español chapucero,
pidiendo algo de un escritor argentino.

Todavía recuerdo la cara del librero
cuando me entregó el libro
de tapa brillante y dura de Borges;
me dijo con una sonrisa
hay una foto del anciano
en la portada
no, no lo conocía

Ahora la cubierta está perdida,
el lomo pegado
con cinta adhesiva,
las páginas muy manoseadas
manchadas de moño,
mi dedicatoria en la portada
fecha el 15/10/1989

Páginas marcadas con su letra
pasajes subrayados
algunos títulos enumerados con números de página
en la contraportada interior

Hojeo hacia adelante y atrás el volumen
retomando nuestro antiguo diálogo poético
como cuando ella animó mis primeros poemas
y así continuábamos nuestra conversación
hasta altas horas de la madrugada
en mi primera noche
de vuelta en Santa Fe
como sabía que algún día sucedería.
Bebo mi mate
y escribo estas líneas
soñando con las nubes de Borges,
de su *Libro de Arena*
en mis manos,
como una respuesta a la eternidad.

Estas son cosas que he recordado.

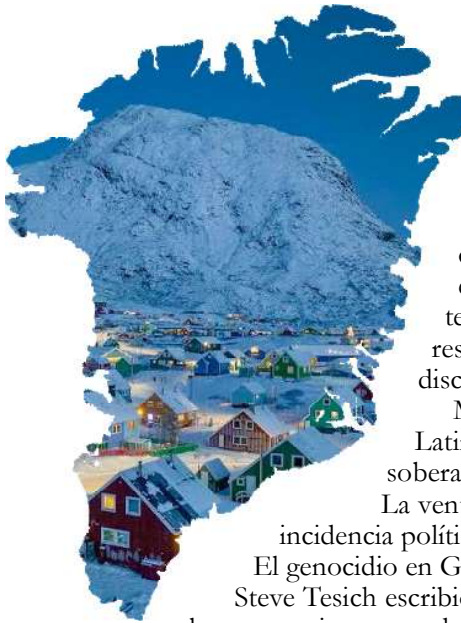
15/11/2024 Santa Fe La Ciudad de Santa Fe



—Inocencia, sintaxis y olvido—

Una ventana para después de la verdad

Escribe: Rafael Paz Narváez



Joseph Overton trabajó en un *think tank* dedicado a incidir en políticas públicas. Inventó una ventana para conocer qué políticas una población reconoce como legítimas. Fuera del marco de esa ventana quedan lo repugnante, lo repudiable, lo inaceptable.

Luego alguien pregunta: ¿Y si hacemos la ventana más grande?

Trump habla seriamente en broma de Canadá como nueva colonia. Después se desliza la amenaza de utilizar “fuerza económica”. Groenlandia pasa a convertirse en bienes raíces, territorio para una seguridad imperial, precio posible. Dinamarca responde. Groenlandia debe explicar que no está en venta. La discusión y la ventana ya fueron abiertas.

Marco Rubio aparece como virrey poscolonial para América Latina: clasifica gobiernos, distribuye sanciones y determina qué soberanía latinoamericana merece reconocimiento.

La ventana nació como modelo teórico en una institución de incidencia política. Pero reveló su utilidad: ampliar los límites de lo admisible. El genocidio en Gaza continúa.

Steve Tesich escribió la palabra posverdad en 1992 para dar cuenta de que, en algunas ocasiones, muchas personas de una nación prefieren un relato confortable frente a una verdad incómoda. El diccionario Oxford la convirtió en palabra del año. En el marketing político, la posverdad cambia lo que las personas pueden tolerar.

La prueba pierde importancia. El genocidio en Gaza continúa.

Como operación política, la posverdad disuelve la obligación de probar. La ventana de Overton redefine el umbral de lo aceptable. La gubernamentalidad algorítmica mide nuestras reacciones en las redes, nos segmenta en parcelas a pastorear, repite mensajes y hace malabarismos con nuestros miedos. Prueba cómo empujar el límite un poco más. La guerra cognitiva arma el escenario.

El Departamento de Estado vuelve a presentar a Cuba como epicentro mundial del comunismo del siglo XXI. Y comunismo es todo aquello que el virrey Rubio decida incluir dentro de la amenaza.

La palabra deja de explicar y empieza a perseguir.

En El Salvador, la prohibición constitucional de la reelección fue primero reinterpretada a la orden, después quebrantada y finalmente reformada. Lo inadmisble se volvió posible; lo posible, debatible; lo debatible, aceptable; lo aceptable, legalizable. A fuerza de troles, bots, engaños y otras operaciones, la reelección indefinida se presenta como derecho del pueblo a elegir.

Se anuncia el funeral de la autodeterminación, los límites constitucionales y el estado de derecho.

Se avecina un mundo convertido en negocio y transacción, amenaza y obediencia.

Después de la verdad llega una corporación de alta tecnología, enlazada con el estado, que administra atención, palabras, selfies y silencios.

La ventana permanece abierta. Lo que cambia es el país que quieren que miremos.

Pero no todo cabe en su ventana.

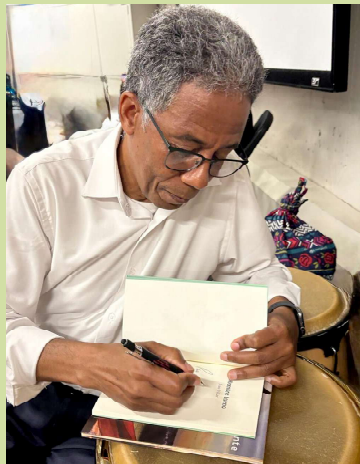
Mientras tanto, en esta democracia fraudulenta, la tierra y los árboles votan por la vida.



“Un buen hombre”

La narrativa de Juan Villar

Escribe: Genoveva del Orbe



Juan Villar

Escritor dominicano residente en Estados Unidos. Su carrera como educador lo catapultó a los roles de maestro, consejero, subdirector y director de escuelas en New York.

Su pasión por la literatura se remonta a su adolescencia, como lector de escritores dominicanos de posguerra. Su obra es parte de esa literatura que apuesta al apego por esa historia macabra, realista y mágica que ha constituido lo que es hoy República Dominicana.

Ha escrito dos libros de cuentos (“Entre febrero y el olvido” y “Un hombre bueno”) y una novela corta (Norma de asaltos y canciones), todos con la editorial Santuario de República Dominicana. El mundo en que se desenvuelven sus personajes bien pueden ser vivencias, ficción o simplemente una mezcla de ambos, en la búsqueda por hermanar la belleza artística con la humana. En la actualidad trabaja en su segunda novela y en un libro sobre sus vivencias como inmigrante en los Estados Unidos.

En la literatura, el viaje es una metáfora de la vida y el cambio del ser humano que va más allá de la transformación interior del personaje, quien paulatinamente descubre quién es en realidad. Donde cada obstáculo enseña y obliga a transformarse y mirar con otros ojos. Y en gran medida Juan Villar a través de su libro de cuentos “Un buen hombre” y sus historias amparadas en lo fantástico y la cruda realidad nos adentra en el mundo de sus personajes, búsquedas y cosmovisión. En el cuento *Me bajo en la próxima* el personaje nos narra la historia desde su contexto real la ciudad de Nueva York, pero a lo largo de la trama el viaje lo hace en su interior y como percibe la realidad exterior:

Me senté en uno de los asientos para dos personas. Puse mi mochila repleta de cosas que no uso en el trabajo, tampoco en la calle -pero que la cargo diariamente como castigo, o para enviar el mensaje de que aún soy un viejo útil- en el otro asiento me acomodé en silencio y sin prisa retomé mis cavilaciones sobre los temas insalvables y sus posibles soluciones. La vida digital, caramba, ha cambiado todo... la sociedad del fast-food, gigabites, reproducción acelerada, el club de los pobres, los niños por encargo, la criptomoneda... así iba mientras mi cabeza caía recostada hacia atrás, derribado como por efecto de un “knockout” virtual.

En Juan Villar ficción y realidad van de la mano, pero sobre todo acompañadas de sensibilidad y belleza. En sus cuentos el referente juega un papel importante, ayuda en la construcción microestructural: semántico y textual. Y esto es clave en el mundo literario porque la representación textual establece la

referencialidad semántica del mundo, y el mundo que ha elegido el autor basándose en los componentes culturales que son familiares para los receptores de su obra. Por eso, encontramos en sus historias elementos históricos, culturales, literarios que pertenecen tanto al escritor como al lector. En pocas palabras, el gran valor del cuento consiste en la transmisión de las peculiaridades mediante una imagen condesada de la vida. Esos pequeños detalles o fragmentos son los que otorgan un significado de las cosas, crean el recuerdo en la memoria del lector, poniendo énfasis en el argumento del texto narrativo, y con ello destacan la vibración emocional en la construcción del cuento. Por otra parte, el vocabulario como elemento del micro discurso, abre las puertas a la identificación ideológica del texto, marcando con palabras diferentes contextos, es decir, la construcción textual, referencial del cuento: la lingüística textual, la retórica cultural, aspectos socio-culturales, ideología del discurso, su estimación positiva o negativa. Por ejemplo, en uno de los cuentos se puede inferir una conciencia crítica y sinérgica de la sociedad a través del pensamiento del personaje:

“comencé a pensar en las cosas terrenales, Jeff Bezos y Bill Gates se ponían en distribuir sus riquezas para reducir los niveles de desnutrición, pobreza y desigualdades en el mundo... los oí hablar acerca de anunciar juntos una tecnología de punta que sería utilizada en todos los sistemas- públicos o privados...”

—Genoveva del Orbe. Escritora dominicana residente en Estados Unidos. Poeta y cuentista. Poemarios: “Urbanos”, “Entre silencios”, “Versos de atar”, “Pan de anhelos”, entre otros.

Los elementos literarios e históricos que puede contener el cuento, facilitan la construcción del mensaje semántico por parte del autor y, al mismo tiempo, hace posible la descodificación del mensaje por parte del lector. Así, paulatinamente, Villar en su cuento “La efigie”, incorpora un pasado histórico -el dolor que vivió el pueblo dominicano por abusos de poder e injusticias de pasados gobiernos:

“... la multitud se acercaba con banderas destiladas de sangre. Al frente cuatro hombres calvos y barrigones cargaban una estatua del intelectual, como lo hacen los devotos el día de la Virgen. Entraron por la avenida Máximo Gómez...”.

“Un país de sobrevivientes no tiene mucho tiempo para recordar sus muertos”

Los elementos históricos, dentro del marco del referente de la obra, hacen posible para el lector reconstruir en su imaginación lo narrado por medio del conocimiento

de los hechos históricos en los que está basada la narración.

Juan Villar se inspiró en su país de origen República Dominicana y su vida en los Estados Unidos. De su experiencia surgen las atmósferas recreadas en sus historias y en los entornos de opresión, insensibilidad, incomunicación que les tocan encarnar a sus personajes.

El estilo del autor se caracteriza por una prosa concisa y directa, con descripciones realistas que sumergen al lector en el contexto elegido por el autor ya sea uno urbano, caótico, insensible, como el de los trenes en la ciudad de Nueva York, o uno de temor y desesperanza cuando se trata de regímenes abusivos en su país de origen. El lenguaje empleado es accesible. Los personajes suelen ser personas que se cuestionan y luchan por sobrevivir en mundos hostiles, tanto físicos como sociales.

Símbolos literarios en los cuentos: sociedades donde prima soledad, apatía e indiferencia. El símbolo en este caso se asocia a la intención del

sujeto de querer encajar, entonces, la búsqueda de aceptación se convierte en el propósito por excelencia de los personajes. Los trenes, se transforman en espacio vivientes donde los personajes no solo viajan de un lugar físico a otro; su mente, también, los interpela y sacude. Constituyendo esos espacios de soledad el viaje para encontrar su identidad. Además, en cada uno de los cuentos hay una constante hacer saber al lector que hay un hombre que cuestiona, reflexiona: un hombre bueno. Planteando de este modo dilemas morales que cuestionan convenciones sociales e invitan a reflexionar sobre la condición humana.

Finalmente, los mundos presentados por Juan Villar representan la construcción de un texto con rasgos ficcionales y fantásticos que logran transformar el cuento en una historia que encaja en la referencialidad del lector: Dejar la patria, emigrar. Hacer todo sin dejar la identidad y permanecer siendo un buen hombre.

Jorge y Alicia

Por Juan Villar

La mujer se escondió tras su marido. Unos minutos atrás le había implorado que sacara fuerzas para llegar a la casa donde habían dejado la última dosis de su medicina. Ahora veía en los ojos de su marido el terror que en algún momento lo sustraería de su lado. Los párpados con movimientos involuntarios, cual luces intermitentes, las manos sudorosas y sus piernas flaqueándoles. Alicia sabía que la única posibilidad para mantenerlo de pie era apoyándose en la pared para sostenerlo por la espalda. Algunos transeúntes sacaron celulares. Buscaban el mejor ángulo para grabarlos sin pudor, como si sólo les interesara el gordo sudoroso con silbido de olla de vapor que pronto se haría viral en las redes. Alicia, por su parte, veía en Jorge al joven alto, apuesto y jovial que apostó toda su suerte a un contrato con la NFL que nunca llegó. Su galán, deprimido y derrotado por las circunstancias envejeció antes de tiempo. Los traumas, lo llevaron a asumir como forma de vida el sofá y las cervezas con los perros calientes como plan alimenticio. Las lenguas viperinas, ubicadas a unos nueve metros de distancia, seguían tejiendo un mundo de conjeturas mediáticas para

competir por los más vistos en las redes sociales. Unos pocos alcanzaron a ver algún destello de Alicia, el ondear de su pelo, la mirada determinada o, la agilidad y certeza de sus pasos para ubicarse detrás de Jorge. Vaya usted a ver cómo se encubre, en estos días, la indiferencia humana. Cuando llegaron todos los autos con sus sirenas ya era tarde. Su cuerpo, lleno de sudor, se le fue rodando a Alicia de entre sus brazos hasta colapsar. El calor no los ayudó. Él se derretía, se esfumaba sin decir ni una sola palabra. Alicia, por su parte, sentía como si un castillo de arena seca y escurridiza regresara al polvo. Nadie intervino para ayudarla. Los paramédicos hicieron hasta lo imposible para revivirlo, antes de subirlo a la ambulancia. Hasta el momento, Alicia mantenía una postura estoica. El trágico desenlace la dejó impávida. Dio unos cuantos pasos en círculo, incrédula. Se llevó sus manos a la cabeza y dejó que sus largos dedos abrieran nuevos trillos buscando una respuesta. Miró el cuerpo de Jorge y luego a los cibernautas sin fijarse en nadie. Las líneas de su cara y sus ojos, como dos lunas eclipsadas, aparecían por vez primera.